

Congreso de abades
Sept. 2016
EL MONASTERIO, LUGAR DE LA MISERICORDIA

¿Es el monasterio un lugar donde se puede llegar a ser “*Misericordiosos como el Padre*”? Si se entiende bien la palabra de Jesús: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*”, se puede dimensionar cuán enorme es el llamado. El “como”, ¿es posible vivirlo? San Benito nos propone un cuadro, modos de relacionarnos los unos con los otros, un camino espiritual, la humildad, para penetrar en nuestro corazón y acceder al amor. Quisiera detenerme sobre un punto particular que sigue siendo difícil: vivir la misericordia entre hermanos, para ser misericordiosos como el Padre.

I) No es natural ni fácil vivir la misericordia entre hermanos

No es fácil vivir la misericordia entre hermanos que viven bajo el mismo techo como los monjes. La vida nos coloca en una relación de paridad con derechos y deberes comunes. Como monjes, estamos todos bajo una misma regla, con unas mismas obligaciones. Si un hermano las toma o las deja no resulta espontáneo fijar sobre él una mirada de misericordia: falta a sus obligaciones, a nuestras obligaciones. Se pensará: “¿qué tiene que ver allí la misericordia....?” Nos encontramos con lo que el hijo mayor dijo al padre de la parábola, al regreso del hijo menor: “Le reconoces a él derechos que nunca me concediste a mí, a mí que a diferencia de él, nunca falté a ninguno de mis deberes para contigo”. La fraternidad en comunidad nos pone en una visión de derechos comunes que vuelve más difícil la comprensión mutua a otro nivel.

La misericordia como actitud global no es fácil pues tiene que ver con el corazón y la miseria, como su etimología lo sugiere. Con el corazón: el nuestro; con la miseria: la del otro. La actitud de misericordia requiere de nuestra parte que estemos verdaderamente presentes en el lugar de nuestro corazón. El padre de la misericordia “*está emocionado de compasión*”, según la nueva traducción litúrgica al traducir la palabra griega *splagxizomai* que evoca la emoción a nivel de las entrañas y del corazón. El padre está completamente abierto a su hijo porque se deja conducir por su más profunda emoción. Deja que su amor paternal le dicte su conducta. Vivir la misericordia nos compromete a regresar al lugar de nuestro

corazón. Allí se encuentran nuestros más profundos sentimientos que no se manejan, allí donde somos vulnerables...

Dije que la misericordia tiene que ver con la miseria de mi hermano. Mirar la miseria del otro como propia nos da miedo. Espontáneamente me paso a la otra vereda. Esquivo y miro para otro lado. Decir esto no es comprometerse en una suerte de autocritica que apuntaría a intensificar la culpabilidad. Creo que eso puede ayudarnos a medir nuestra radical impotencia para asumir la miseria del otro. Es demasiado pesada para cargar. Nos basta ampliamente con la nuestra.

Que Dios sea llamado el misericordioso, se comprende, pero nosotros... ¿es de realmente posible? Ser misericordioso exige de nuestra parte permitir que la miseria sea dicha, sea expresada. Eso nos compromete a revisar nuestros ideales de éxito fraterno donde se querría que todo funcionara sin problema.

2) Hijo del Padre Misericordioso: En la escuela del hijo mayor de la parábola del hijo pródigo. (Lc.15)

El hijo mayor no quiere entrar a la casa, a la sinfonía de los cantos y de la música. (sinfonías es la palabra griega utilizada). No quiere participar en la danza. Como dije, en nombre de la fraternidad concebida en términos de derechos y deberes: ni hablar de entrar en ese juego tan injusto. Este hijo mayor no quiere hacer suya la mirada del padre que acogió toda la miseria de su hermano para devolverle en un instante su dignidad de hijo. Tampoco comprende el sufrimiento que su padre había soportado en secreto de haber perdido a su hijo, considerado como muerto. Y menos aún toma conciencia de la humillación de su hermano. No tiene entrañas sensibles. Por el contrario quizás había conservado una cierta amargura, incluso envidia por la partida caballeresca de su hermano menor.

¿Cómo actúa el padre para sensibilizar a su hijo mayor a su alegría, pero, en definitiva también a su herida sanada? Sale a su encuentro. Al abandonar la fiesta por haber recobrado a su hijo, se compromete. Su alegría no puede ser completa si el otro hijo no participa, más aún: si este último no se acopla plenamente.

Para ello se dirige a él llamándolo “hijo mío”, se podría decir “mi pequeño querido” para traducir la palabra griega “teknon” que designa los niños pequeños, varón o mujer, con una nota de afecto. No lo llama “hijo mío” (“uos” en griego), término que el hijo menor reconoce no poder más merecer. El hijo menor piensa que ha desfigurado su dignidad de hijo y que sólo es merecedor de la condición de servidor. Al llamar al mayor “mi pequeño” el padre lo invita a redescubrir su condición de hijo,

amado, querido, condición que él ha olvidado. Desea hacerle tomar conciencia de su amor para con él. Si el menor ha perdido su condición de hijo al llevar una vida desordenada, el mayor la había olvidado al llevar una vida demasiado bien ordenada.

El primero la redescubre tocando el fondo de su miseria y viviendo la acogida desbordante de su padre. El segundo es llamado a reencontrarla al redescubrir que él es ese pequeño muy amado, el querido de su padre... Los dos hijos tienen que reaprender el amor inmenso de su padre; ese amor raíz en que están fundados desde siempre. Y es desde allí que ellos podrán llegar a ser misericordiosos para con los demás: uno ha reconocido su miseria y el amor que siempre se le ha brindado: podrá entonces acercarse sin miedo y con amor a la miseria del otro; Y el otro está llamado a descender dentro de su corazón para aceptar de manera nueva cuán amado es por su padre: podrá entonces mirar a los otros en la luz de ese amor secreto que él ha redescubierto...

Jesús ha tomado el camino de los dos hijos: no tiene miedo de descender a nuestras miserias y de ser colocado en el rango de los malhechores; y Jesús es el Hijo que puede decir a su Padre, en la oración sacerdotal, para incluirnos en su intimidad, "todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío". (Jn.17, 10).

3) Modo de vivir la misericordia en la vida fraterna

-Llevar las cargas los unos de los otros: asumir nuestra condición de hijos frágiles, débiles ; llevarla como un ejercicio de fraternidad = pasar de la fraternidad igualdad con el deseo de defender y exigir nuestros derechos respecto del hermano a la fraternidad comunión en el amor de un mismo Padre.

San Benito insiste por ejemplo, sobre los bienes a dar a cada uno según sus necesidades: aceptar que el otro tenga más necesidades, más atención, y por ello dar gracias; en cuanto al que recibe más que se humille y no se gloríe. Desactivar la envidia por la acción de gracias. Yo me siento siempre feliz cuando un hermano pide algo para otro... que él mismo luego no tendrá...

-Paciencia: soportar las debilidades que nos molestan, nos erizan, nos hieren, con amor distinto del juicio: sed misericordiosos, no juzguéis... El juicio nos saca de nuestra condición de hijos, colocándonos en condición de superior...

-Acogida, escucha: para permitir al otro ser lo que es. Que el otro pueda existir con sus pobreza. Eso exige que yo acepte mirar un poco las mías, y que yo acepte ponerlas bajo la mirada de otro. Importancia de la apertura de corazón y del acompañamiento espiritual.

-Aceptar otra manera de ser, de reaccionar, de tener humor diferente, otra cultura.
 La mirada de misericordia nos descentra de nuestras ilusiones y pretensiones de ser la norma, la medida de las cosas. Bajo el amor del Padre hay lugar para todos, incluso para los más lejanos, los menos recomendables: hay que realizar continuamente una especie de descentramiento. En nuestros lugares de concertación o de decisión: estar atentos a dejar lugar a voces un tanto distintas, que pueden molestar, pero que aportan una piedra esencial. “el todo es más grande que la parte; la unidad más grande que el conflicto” ... (Papa Francisco)

-Inventar espacios donde pedirse perdón... donde se viva una reconciliación.
 Ser capaces de crearnos un clima de misericordia: hacer posible una palabra en la que se pueda expresar la miseria, hacer posible una escucha de esta miseria llevada juntos. Importancia de los momentos de reconciliación: celebración de la reconciliación, capítulo de culpas, corrección fraterna en ciertas comunidades. Pero también importancia de momentos de distinción, de festejar juntos (teatro, paseo, videos vistos juntos....) donde se aprende a salir de nuestros “personajes” para reencontrar algo del niño en nosotros.

F. Luc Cornuau. Abad de la Pièrre-qui-Vire.

